

LA CULTURA ÉTNICA DE LOS NAHUAS Y LOS YUHMU (OTOMÍES) DE LA REGIÓN DEL VOLCÁN LA MALINCHE

Jorge Guevara Hernández
Centro INAH-Tlaxcala

Oswaldo Romero Melgarejo
CISDER-UAT

Introducción

Parte de la discusión teórica que se dio en el seno de la antropología mexicana, durante el segundo tercio del siglo XX, se relacionó con la manera de registrar la identidad cultural de los pueblos indígenas para intentar “medir” el cambio social al que estaban siendo sometidas por el estado y el modo capitalista de producción. En los órganos de gobierno vinculados con la promoción indígena los indicadores del cambio tenían que ver con los índices de escolaridad, acceso a la salud, infraestructura civil, entre otros. El complemento a esta visión del cambio se tuvo en las investigaciones antropológicas que se hicieron en el periodo de tiempo citado, como la que se realizó sobre los pueblos nahuas asentados en Tlaxcala y la Sierra Norte de Puebla, dirigida por Hugo Nutini y diversos colaboradores.

Nutini y Barry Isaac (1989) tomaron indicadores socioculturales como la lengua, la vestimenta, la mayordomía y la cultura material para observar su devenir en el presente etnográfico y determinar los cambios que habían pasado. Como era de esperarse, los indicadores escogidos mostraron adecuaciones en el tiempo que los autores interpretaron como pérdidas, por lo que llegaron a la conclusión de que los grupos indígenas de Tlaxcala estaban en peligro de ser asimilados a la sociedad nacional. Es decir, la postura teórica equiparaba el cambio social con la extinción cultural (Figura 1).

En años posteriores el trabajo de Nutini e Isaac fue objeto de diversas críticas tanto por las conclusiones como por la toma de datos. Quizá no se trate de un mal trabajo ni de insuficiencia teórica, sino que la evidencia etnográfica recolectada y los nuevos marcos teóricos permiten otra comprensión de la identidad cultural de los nahuas y yuhmu de Tlaxcala, porque, además, el sujeto de estudio interactuaba en un escenario social, económico y

político distinto a los estudios más recientes, luego que desde 1975 se implementó un programa estatal de industrialización intensivo (Figura 2).



Figura 1. Mitin político en San Pablo del Monte, 1980. Fotógrafo anónimo.



Figura 2. El pueblo de Ixtenco reclamando su derecho a ser escuchado, 1995. Fotografía de Jorge Guevara Hernández.

De tal forma, los mismos indicadores que sirvieron para augurar la asimilación ahora pueden ser vistos de forma distinta. Así, a pesar de que en los censos oficiales el número de hablantes va en decremento, la lengua original mantiene espacios de uso en la celebración de ceremonias rituales, en las pláticas entre vecinos y al interior de los hogares. La vestimenta tradicional se emplea en ocasiones rituales y festivas aunque no de forma ordinaria (Figura 3).



Figura 3. Generaciones de danzantes nahuas de Cuahuixmatlac, 1999. Fotografía de Javier González Corona.

La mayordomía es la institución más importante del barrio y de la comunidad indígena y, contra lo que se suponía, no ha disminuido su presencia, pues su sustento ideológico es de competencia en ostentación. Las personas se consideran a sí mismas “mexicanas” (nahuas) o yuhmu con una cultura material de tipo “nacional”, que desde el momento en que la incorpora pasa a ser suya (Figura 4).



Figura 4. El baile de los parientes y compadres del barrio del mayordomo, Ixtenco, 2000. Fotografía de Jorge Guevara Hernández.

Y quizá lo más importante es que no sean estos los indicadores de una identidad cultural a la que de forma errónea se presupone como innata e inamovible, siendo que es lo contrario: una construcción social y dinámica. Hay otros indicadores que no fueron tomados en cuenta, antes de extender el certificado de defunción étnica, como el carnaval, el culto en y a los cerros, las peregrinaciones y tantos otros que fortalecen la identidad de los nahuas y los yuhmu (Figura 5)



Figura 5. El orgullo étnico de las abuelas de Ixtenco, desfile de feria, 2000. Fotografía de Jorge Guevara Hernández.

Otro cambio conceptual importante que se generó con las investigaciones recientes fue abandonar la distinción entre mestizos e indígenas, tanto de comunidades como de individuos, para dar cabida a hablar de autoadscripción y participación en rituales comunitarios. Es decir, ahora se habla de presencia cultural. Esto significa que en todos los poblados de Tlaxcala existen una serie de elementos simbólicos que dan cuenta de la vigencia de la cosmovisión indígena contemporánea y motivan la participación de las familias y del barrio. Ya no se trata de hacer el inventario y la historia de cada rasgo cultural, sino de observar la manera en que todo lo que se incorpora al mundo cultural indígena se transforma y se le apropia. En este orden de ideas, buscan definir al nahua y al yuhmu por lo que son y ello lleva a la búsqueda de su particular tipo de vida, costumbres, y tradiciones (Figura 6).

Un fundamento importante en la cosmovisión de los yuhmu y los nahuas de Tlaxcala se encuentra en la estrecha vinculación con la naturaleza. Esto les permite mantener una concepción colectiva de su uso y protección que se expresa en la rica tradición de cuentos y leyendas que habla de una jerarquía de seres sobrenaturales protectores de la comunidad, la montaña, los animales y las plantas. Con esto, se

establecen relaciones de reciprocidad a fin de desarrollar con buen tino las actividades diarias y de sustento en que se ven envueltos los indígenas. Se cuenta que se pueden encontrar a estos seres sobrenaturales en zonas fuera del ámbito doméstico y comunitario, por lo que su territorio simbólico está demarcado en forma clara a fin de realizar los rituales que permitan a los humanos transitar sin inconvenientes por esas áreas (Figura 7).



Figura 6. La abuela cargando el alimento de sus animales, Cuahuixmatlac, 1999. Javier González Corona, fotógrafo.

Estas relaciones de reciprocidad entre la sociedad y la naturaleza también se encuentran en el ámbito de las relaciones internas de los grupos de parentesco mediante rituales, ceremonias y ciclos festivos cuya meta es promover el intercambio y la comunalidad de bienes para reducir las tensiones intracomunitarias y afianzar los lazos espirituales con personas fuera del círculo doméstico (Figura 8).

La persistencia de la comunalidad, de la reciprocidad y el intercambio como cualidades que distinguen las relaciones sociales que establecen los indígenas entre ellos, ha permitido el desarrollo de organizaciones comunitarias que resaltan la lucha

por sus derechos políticos y culturales mediante un discurso étnico de bajo perfil.



Figura 7. Capizayo o nagual de palma, Ixtenco, 1999. Ricardo Romano Garrido, fotógrafo.



Figura 8. Trabajo femenino en colectivo: la faena de acarrear leña, San Isidro Buensuceso, 1999. Nicolás Raúl Castro Meza, fotógrafo.

Los nahuas

El identificar a los actores sociales que ocupan el conjunto mayor del territorio de la región del Volcán de la Malinche, en Tlaxcala, con una fuente censal basada en los criterios lingüísticos devenidos de la

política del Estado Mexicano, que los etiquetan como hablantes del idioma náhuatl, es un punto de apreciación limitado, puesto que tal conceptualización apegada en los criterios lingüísticos no ofrece determinar a los actores que no son hablantes de nahuatl pero que muchos de ellos sí participan en las prácticas socioculturales y políticas de sus comunidades obrero-campesinas, y además forman parte constitutiva de la identidad étnica regional.

Aunque en el pasado estas comunidades subsistían exclusivamente de la agricultura, desde la segunda mitad del siglo XX se han venido desarrollando dentro de un marco político-económico regional y nacional, que los ha envuelto en una dinámica de procesos de cambio en sus infraestructuras como carreteras, escuelas, agua potable, clínicas y otras formas modernas de la vida actual, lo que ha implicado una diversificación socioeconómica y una resignificación sociocultural.

En este sentido, la idea central considera que la región del Volcán La Malinche está identificada por la reproducción de rasgos culturales que dan sustento a la continuidad del grupo étnico nahua, puesto que sus formas de organización étnica como los sistemas de cargos han permitido adecuaciones a estos impactos económicos y políticos devenidos del exterior. Esta reproducción sociocultural que persiste toma formas diferentes en cada comunidad, donde predominan un conjunto de prácticas sociales y políticas que articulan a los conglomerados comunitarios y las relaciones existentes entre ellos en el radio regional.

La región nahua del Volcán la Malinche está ubicada en el suroeste del estado de Tlaxcala y forma parte de un área mayor compuesta, a grandes rasgos, por un triángulo imaginario que comprende a Apizaco, Puebla y San Martín Texmelucan, donde se localizan actualmente comunidades agrícolas que combinan el trabajo campesino y el obrero, que durante parte del siglo XX todavía hablaban náhuatl (Nutini e Isaac, 1989: 400-405).

Estas comunidades de origen indígena nahua comprendidas en un área física y un complejo económico fabril, también mantienen contigüidad geográfica-cultural puesto que su asentamiento comprende el suroeste de la entidad tlaxcalteca, donde se ubica la región del Volcán La Malinche y se integra por comunidades y municipios que incluyen desde San Isidro Buensuceso, del municipio de San Pablo del Monte, San Cosme Mazatecochco, Acuamanala, Acxotla del Monte, del municipio de San Luis Teolocholco, abarca otras comunidades

como San Francisco Tetlanohcan, San Pedro Muñoztla, San Pedro Tlalcuapan, San Pedro Xochiteotla, San Rafael Tepatlaxco, del municipio de Santa Ana Chiautempan, San Bernardino Contla, hasta las periféricas comunidades del municipio de Huamantla. La localización física de estas comunidades corre alrededor de diferentes altitudes de las laderas occidentales del Volcán La Malinche, sobre los límites de su zona de bosque y los pastizales de ese macizo montañoso.

La región aludida está compuesta por un conjunto de comunidades que durante mucho tiempo vienen practicando tanto la agricultura temporal como de riego para procurarse la producción de maíz de autoconsumo, ya que este producto forma parte de la base de su dieta alimenticia. Las comunidades de dicha región fundamentalmente realizan actividades agrícolas sujetas a régimen de lluvias anuales con suelos erosionados por los agentes climáticos como el agua, el viento y las heladas, cuyas tierras no son propias para agricultura, y además la mayoría de los campesinos continúa usando tecnología simple para las labores campesinas.

Las actividades económicas tradicionales que destacan en las comunidades campesinas más altas del volcán son además de la agricultura, la explotación de los recursos forestales y la recolección de plantas y hongos silvestres. En general son comunidades productoras de maíz de temporal, calabaza y quelites, aunque son muy pocos grupos domésticos que viven de la agricultura, pero continúan interactuando con el área boscosa por razones productivas, religiosas y hasta de diversión. Constantemente obtienen leña, hongos silvestres y usan el espacio del bosque para fabricar carbón vegetal y recolectan abono natural para plantas de ornato que venden en Chiautempan, Tlaxcala y Zacatelco o en mercados regionales de la planicie. Algunos tlachiqueros con plantas de maguey se dedican a la producción de pulque que consumen en festividades religiosas, durante las tardes con compadres y amigos, y que también destinan algo para su venta en las comunidades regionales.

En las comunidades más elevadas del volcán, donde están las mayores extensiones de bosque, existe una tala inmoderada por parte de los habitantes de San Isidro Buensuceso, Tetlanohcan, Acxotla del Monte, San José Aztatla, Tlaxcala, y de Canoa, Puebla. Algunos campesinos indígenas se han enriquecido no sólo por cortar ilícitamente árboles maderables, sino porque subrepticamente extraen la madera que no es de su propiedad, lo que ha provocado un conflicto entre los dueños y los

talamontes. Estos recursos maderables son convertidos en tablas, “morillos” y alfarjías, que son usadas en la construcción de vivienda y comercian en las comunidades y mercados como el de Zacatelco.

El impacto que los polos industriales de Chiautempan y sobre todo de Puebla tienen sobre la región del Volcán La Malinche, ha orientado a que la población obrero-campesina realice actividades de albañilería y también de obreros en esas ciudades y en la Ciudad de México. En los corredores Industriales de la parte baja o llanura del volcán, también han impactado debido a que captan mano de obra barata en las fábricas de los corredores industriales Malintzi, Xiloxotla y Tlaxcala-Puebla, ubicados sobre la vía Chiautempan-Puebla. En este proceso de asalarización de la mano de obra encontramos a las mujeres jóvenes que se dirigen a Puebla y la Ciudad de México para ocuparse en el trabajo doméstico, aunque muestran preferencias por el trabajo fabril, pues son compelidas por los salarios más elevados y las prestaciones laborales. Debido a la falta de dinero las mujeres se dirigen frecuentemente o comerciar con las tortillas, las nueces de castilla y hasta con su propio cuerpo, pues después de los años de 1960 fue notoria su inserción en el mercado de la prostitución en las ciudades de Puebla y México.

Desde luego también es importante en esta región la población creciente que desde las décadas de 1980 a la fecha ha migrado a Estados y Canadá para emplearse en el trabajos de servicio y agrícolas. Como el fenómeno migratorio se ha venido incrementando en los últimos años en estas comunidades nahuas, han surgido aparejadas nuevas actividades y otras prácticas económicas ilegales como la de “coyotes” (individuos que trasladan ilegalmente a emigrantes a Estados Unidos) y otras que han devenido de las necesidades de esta población, entre ellos los servicios de mensajería o envío de paquetes que se ofrecen entre las ciudades estadounidenses y las comunidades de la región del Volcán La Malinche como San Francisco Tetlanohcan, San Pedro Tlalcuapan, San Pedro Muñoztla, San Bartolomé Cuahuixmatlac y algunas más de los municipios de San Bernardino Contla y Huamantla.

La historia de la identificación socioeconómica de los campesinos indígenas ha sido cambiante en el transcurso del siglo XX y del presente, durante las diferentes etapas de la transformación regional, da señales que las comunidades campesinas tlaxcaltecas han sido afectadas tanto por factores internos como externos que han reconfigurado la dinámica comunitaria y regional, al grado que han mantenido

actividades tradicionales como la agricultura y la explotación de los recursos forestales y la adopción de actividades asalariadas en la fábrica y los empleos en las ciudades, además de las actividades ilícitas como la prostitución y el coyotaje del proceso migratorio. Todas estas actividades, en diferentes momentos, han sido vitales para el sostenimiento del grupo doméstico y la conservación y realización de los rituales y los cargos religiosos de la cultura local.

Los Yuhmu

La cultura yuhmu se ubica en la porción oriente del estado, en un extremo del Valle de Huamantla que, desde Tlaxcala, esta área se extiende hasta la cadena montañosa dominada por el Cofre de Perote y el Pico de Orizaba, siendo por tanto una ruta natural para conectar el Altiplano Central con el centro del Golfo de México. En el valle de Huamantla se encuentran coexistiendo comunidades agrarias con un polo industrial y agrícola en la ciudad que le da nombre al valle, que proporciona una parte del empleo fabril a los campesinos indígenas. Las comunidades cultivan de forma predominante el maíz de temporal, por lo que los adultos y jóvenes están obligados a emigrar para emplearse en la industria o en la prestación de servicios, a fin de obtener los recursos monetarios para su subsistencia.

La cultura yuhmu tiene su mayor presencia en la comunidad de Ixtenco que se encuentra en las faldas orientales del Volcán La Malinche, se localiza a cinco kilómetros al sur de Huamantla (19°15'02" de latitud norte y a 97°53'39" oeste) a una altitud de 2506 metros. Es considerada una región de clima templado a frío, con una temperatura media de 15°C y con vientos predominantes sur-norte. La precipitación media anual es de 623.70 mm, por lo que se considera húmeda.

Cerca de los límites orientales de Ixtenco corre el río de Santa Ana, poblado que pertenece al municipio de Huamantla. En la parte alta de La Malinche el pueblo de Ixtenco cuenta con tres manantiales que surten a la población de agua potable mediante dos tipos de distribución, uno con una cañería de ladrillo y mampostería y el otro de tubo galvanizado o de PVC. Dentro del pueblo se han perforado dos pozos para igual fin. El pueblo está delimitado por vados en las entradas norte y sur, que los habitantes denominan “bajadas” porque es donde el agua de la lluvia corre cuando se precipita en mayor número.

Al pueblo de Ixtenco lo atraviesa, de norte a sur, la carretera estatal que une a Huamantla con la

carretera federal no. 129 que se dirige a la ciudad de Puebla, en un extremo, o a Teziutlán, poblado de la Sierra de Puebla, por lo que los habitantes cuentan con el servicio de pasajeros de tres líneas de autobuses y dos de colectivo que los transportan a las ciudades mencionadas y otras que se encuentran en la ruta. Los yuhmu van a trabajar, a estudiar o a comprar un determinado producto.

En Ixtenco se cuenta con dos tipos de tierra, la de la montaña y la del valle, que difieren en su fertilidad y su ciclo de siembra-cosecha. La primera es considerada más fértil debido a que no tiene tanta arena y retiene la humedad, por lo que la semilla del maíz blanco o amarillo germina desde marzo y se cosecha en mayo. Las tierras del valle no retienen la humedad por lo que sólo se siembran a finales de abril y principios de mayo, para que la temporada de lluvias (mayo-septiembre) cumpla el cometido de hacer crecer la planta.

Los habitantes se dedican a la agricultura de temporal del maíz, calabaza, alverjón y haba en suelos arenosos con pendientes suaves. El cultivo del maíz es una importante herencia cultural que se realiza con herramientas, trabajo humano y animal. Se siembran siete variedades, la del maíz rojo sirve para preparar el "atole agrio", una bebida que se obsequia en los rituales de la mayordomía. El maíz cosechado se emplea para el autoconsumo con el que se elaboran tortillas, tamales, gorditas, quesadillas y totopos.

Los diversos recursos que obtienen los yuhmu de la montaña: madera de oyamel, ocote, encino y sabino. Piedra para cimientos o paredes de viviendas, agua potable, hierbas medicinales, fauna pequeña como: "coyote, conejo, liebre, ardilla, tlacuache, zorrillo y entre las aves: dominico, gorrión, amarilla, coquito, ilama, correcaminos, codorniz, salta pared, zopilote, pájaro carpintero, gavián, reptiles como el xintete culebra, lagartija y víbora de cascabel" (Cajero, 2002: 104).

Cultivan el árbol del capulín en los suelos del valle, del que obtienen su fruto para ponerlo a secar al sol, luego tostarlo, ponerle sal y venderlo en las ciudades de Apizaco, Tlaxcala, Huamantla, Acajete y Puebla. Junto con las semillas de calabaza, que sigue el mismo proceso de secado-tostado-salado.

Los corredores industriales de Puebla y el Distrito Federal, junto con los ingenios de Córdoba, se convirtieron en polos de atracción de los jóvenes y adultos de Ixtenco, que desde mediados del siglo XX se integraron al mercado de mano de obra como albañiles, aprendices de mecánico, choferes, cobradores, de empleada en el comercio y de casa.

En este período hubo quienes se convirtieron en maestros, abogados, ingenieros, doctores y arquitectos. Se han sumado como puntos de atracción de la mano de obra la Ciudad Industrial 2, en Huamantla y el corredor industrial de Xalostoc.

Las mujeres de Ixtenco zurcen camisetas de mujer y de hombre con una técnica que se le conoce como "de pepenado", que venden en sus viviendas o se trasladan a Tlaxcala a ofrecerlas al turismo. Existe un comercio establecido dedicado a la venta de ropa típica. También se dedican a la venta de "semillas de calabaza y capulín" en las ciudades de Huamantla, Apizaco y Tlaxcala.

En las últimas dos décadas en Ixtenco se dio la emigración a los Estados Unidos de América. El traslado del emigrante se garantiza mediante el contrato con una persona llamada "coyote", quien garantiza el traslado hasta el poblado que desee el emigrante, con el pago del 50% al inicio y el resto cuando se le deje en el lugar convenido. Esto implica una deuda con los que le facilitaron el recurso. El punto de reunión inicia en la casa del "coyote", de ahí se trasladan a la central camionera del norte, en la Ciudad de México, donde toman un autobús que los lleva a Altar, Sonora. Ahí contactan con alguien ya convenido, para luego ser trasladados en camionetas al destino acordado: la Ciudad de Green Bay, Wisconsin. Ahí buscan cualquier tipo de empleo honesto y si no lo encuentran lo hacen en Canadá, si es así el emigrante consigue papeles falsos en Green Bay y se traslada a su empleo de jornalero en invernaderos. En la ciudad norteamericana se emplean como cocineros, repartidores de pizzas, rostizero de pollos y lavatrastos. La migración es más de individuos que de grupos familiares.

La constante reconfiguración que han hecho de la cultura tradicional campesino-indígena, a lo largo del siglo XX y el siguiente, se ha visto impulsada por factores internos y externos. La interacción de ambos factores dio como resultado una comunidad yuhmu que conjunta la agricultura de temporal, la artesanía textil y la celebración de la mayordomía con un sector fuerte de comerciantes, empleadas, obreros, profesionistas, sub-empleados y desempleados.

Tres procesos internos se presentaron en los últimos cuarenta años, el primero fue renunciar a la lengua materna y adoptar el castellano como lengua franca; el segundo fue emigrar a las industrias y a los ingenios de Córdoba, Veracruz; el tercero fue incrementar el número de escuelas y de niveles de enseñanza, a partir de 1970. Los factores externos fueron la industrialización del estado, que ofreció a los jóvenes empleos, el crecimiento del sector

maquila y de servicios en las ciudades, que promovió la salida de las mujeres de la comunidad agraria y el acceso a las instituciones superiores, que formó a los representantes municipales de los últimos cinco trienios.

Un bosquejo histórico

En lo que los arqueólogos denominan Mesoamérica destacan dos procesos sociales que por su trascendencia sustentaron el desarrollo de una civilización: la domesticación de las plantas y el desarrollo del modelo Ciudad-Pueblo con la profundización de la estratificación social y la formación de la Ciudad-Estado y posteriormente del Estado-Nación. Un repaso breve a la historia de los indígenas tlaxcaltecas muestra lo profundo de tales procesos sociales, generados por la complejidad de la sociedad.

En Tlaxcala se ha podido documentar una antigüedad de catorce mil años antes del presente de bandas de cazadores de megafauna que vivían estacionalmente en diversos campamentos, tanto al aire libre como en las peñas. Con los cambios climáticos y la desaparición de la fauna prehistórica hace ocho mil años, los cazadores se vieron obligados a sustituir sus fuentes alimenticias y lograron exitosamente el cambio del modo de subsistencia. El proceso social que los llevó de recolectores de frutos a productores de alimentos fue casi de la misma duración que la de los cazadores. Hacia 1600 AC aparecieron las primeras aldeas campesinas en lugares cercanos a ríos. Con el incremento poblacional y el surgimiento de nuevos roles económicos, un milenio después se formarían las llamadas Villas, en donde la erección de un templo es el punto a partir del cual se traza el poblado. Poco antes del año cero ya habían aparecido las primeras urbes que mostraban la planificación de un área ceremonial en función de acontecimientos astronómicos, el uso de la escritura y la formación de clases sociales. Luego, durante la primera mitad del primer milenio, viene la etapa de ruralización cuando la gente abandonó la mayoría de sus ciudades con centros ceremoniales y se fundaron algunas villas y pueblos. Con el arribo de nuevos contingentes de pobladores el último tercio de ese milenio, se fundaron nuevas ciudades y ya es posible identificar la presencia de los ancestros de los actuales indígenas de la entidad.

El último periodo histórico antes de la alianza con los españoles, estuvo marcado por la creación de ciudades-estado que mantenían bajo control a una

serie de tributarios distribuidos en diversos nichos ecológicos. Entre 600-800 DC se han registrado ocho, en la zona central del estado. Entre 800-1100 DC sólo sobrevivieron tres de las anteriores ciudades-estado y se añadieron otros 15. Alrededor del año 1100 DC se desarrollaron otras tantas nuevas ciudades-estado, o Señoríos, haciendo un total de 32. Los nahuas llegan hacia el año 1310 d.C. según sus propios anales que llevaron hasta el siglo XVII (Zapata y Mendoza, 1995). Conviven con los Olmeca-Xicalanca, de habla Popoloca, y luego de alegar maltrato y humillaciones se rebelan y les hacen la guerra a sus huéspedes hasta expulsarlos de sus antiguos territorios en 1326 DC. Una vez instalados los nahuas o teochichimecas en Tepeticpac, la ciudad capital habitada por los Olmeca-Xicalanca desde el siglo IX, se creó un gobierno paralelo con la división del territorio y del mando con el hermano menor, que se instaló en Ocotelulco, lo que devino en una competencia en la que éste empezó a aventajar. Ocotelulco tuvo una serie de conflictos que afectó las relaciones internas entre los linajes que componían el citado Señorío, por lo que la continuidad de la primera dinastía se rompió al ser destronada por otro linaje que no pierde el trono hasta la llegada de Hernán Cortés. En esta disputa entre hermanos el señor Zozoc, cabecera de un linaje, junto con parientes y amistades decidió separarse de Ocotelulco y fundar el Señorío de Tizatlán. El cuarto Señorío se formó con inmigrantes que apelaban al mito de la salida de las siete cuevas y su separación antes de entrar a territorio poblano y tlaxcalteca. Con el tiempo y el comercio desarrollado por Ocotelulco los cuatro señoríos del centro también empezaron a prosperar y la evidencia son los restos arquitectónicos de sus sitios arqueológicos.

De esta época se destaca el gobierno indígena que de forma obligada se formó con la alianza estratégica de los cuatro Señoríos en contra de los mexicas de Tenochtitlán y sus aliados militares del valle poblano, contiguo a la provincia tlaxcalteca. En esta lucha intraétnica, los nahuas de Tlaxcala supieron defender su territorio de la Triple Alianza junto con los valientes otomíes, sus aliados y milenarios pobladores de los territorios que formaban parte y que ocupaban los Señoríos de Tepeticpac y de Tizatlán. Gracias a esta unión de nahuas y yuhmu Tlaxcala fue uno de los pocos Señoríos independientes del siglo XV y principios del siguiente siglo, lo que marcó la conciencia étnica de autonomía.

La conquista de los españoles trajo cambios para los nahuas y yuhmu de Tlaxcala. Por su condición de

aliados militares gozaron de privilegios que, con todo y lo desintegrador de los años de la colonia, sirvieron de sustento ideológico para la defensa económica y política del territorio étnico original por parte del cabildo de la provincia de Tlaxcala, que tuvo un papel relevante para conservarlo intacto en sus fronteras precolombinas. Cuando los nahuas entran en la vida independiente del país, lo hacen tomando en cuenta una organización municipal en un territorio que continuaba marcando los antiguos límites del Señorío. En tanto los gobiernos yuhmu, arrasados por la proliferación de haciendas con gañanes, aunque alcanzaron la autonomía municipal no rompieron con la dependencia política del gobierno centralista de los nahuas, a la que habían aspirado desde un siglo antes. Las leyes de Reforma los puso a ambos grupos acorralados al declarar inexistentes las tierras comunales, al diezmar a los pueblos a costa del crecimiento de las haciendas. Con esta estrategia fue liberada la mano de obra necesaria para la naciente industria textil que se instaló a la orilla del río Zahuapan, aprovechando su caudal para generar energía que movía la maquinaria. La Revolución Mexicana fue el inicio del proceso de “blanqueamiento”, que los gobiernos emanados de la misma impulsaron como modelo de desarrollo del país. En Tlaxcala se aplicó a través de la escuela, en donde grandes cantidades de infantes fueron obligados de manera coercitiva y violenta a abandonar su lengua y aprender el castellano. Esto le permitió a los indígenas integrarse al sector secundario y al estado promover un cambio cultural que casi los borra de los censos, ahora los hablantes en yuhmu son centenas y en millares se cuentan los nahuas y la vestimenta tradicional se volvió de uso ceremonial.

Después de este bosquejo de historia étnica es fácil de entender la situación contemporánea donde, a pesar de este acosamiento y etnocidio, yuhmu y nahuas continúan reproduciendo sus culturas. También es común en los pueblos mestizos de Tlaxcala la vigencia de costumbres indígenas como la celebración de comidas comunitarias, elaboradas por familias que ni son hablantes ni se autoadscriben como indígenas, pero que reproducen las comilonas rituales indígenas como parte de “la tradición que se heredó de nuestros antepasados” (Figura 9).

Los Hablantes

De acuerdo con el Anuario Estadístico de Tlaxcala del 2010 (INEGI, 2010) en Ixtenco se encontraban 6279 personas en el año 2005 y 6791 en el año de 2010. De estos en 2005 se declararon hablantes 388,

181 correspondieron a hombres y 207 eran mujeres. Pero en el 2010 se declararon 434 hablantes que corresponden a 183 hombres y a 251 mujeres. Para los nahuas de Tlaxcala en el censo del 2010 se reportan 20,149 hablantes, sin especificar por número de municipio y lengua, de los cuales 10,060 eran hombres y 9,236 correspondió a mujeres. Con estas cifras y tomando en cuenta el número total de habitantes en el estado, resulta que en Ixtenco se localiza el 0.63% de la población total estatal, y de ésta los hablantes de yuhmu serían 0.04%. En cambio el número de hablantes de nahuas representaría el 1.88% del total de la población estatal. Si se junta con el porcentaje yuhmu se tiene que el 2.51% de la población es hablante de una de las lenguas originarias del estado. Si se suman el número total de hablantes de una lengua indígena que se encontraban en Tlaxcala en 2010 se tiene un total de 23,807 que representa un 2.22% de la población total de la entidad.

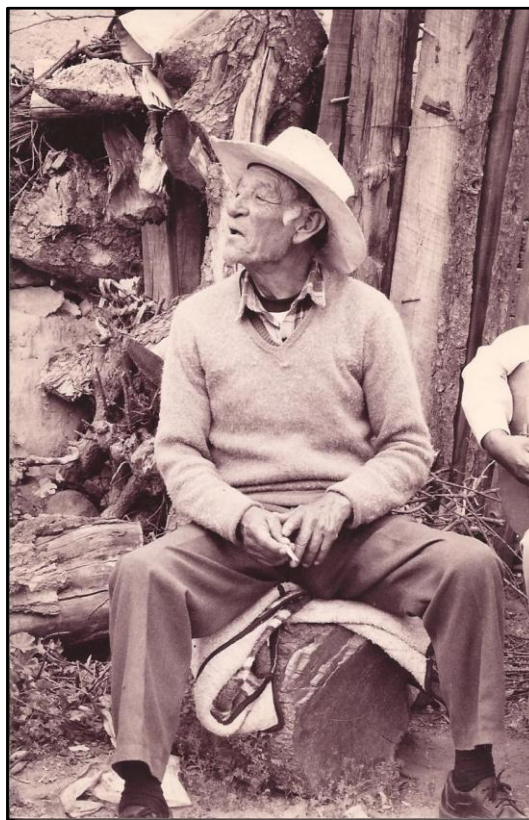


Figura 9. Anciano yuhmu, Ávila Camacho, 1999. Fotografía de Jorge Guevara Hernández.

Como se mencionó antes estas cifras son engañosas cuando se trata de evaluar la cultura que se mantiene vigente por medio de otros elementos.

Guevara Hernández y Romero Melgarejo, 2011

Pero tiene la cualidad de mostrar la dinámica de la lengua en el tiempo.

Referencias

Cajero, Mateo, *Historia de los otomíes en Ixtenco*, México, Gobierno del Estado de Tlaxcala, 2002

Nutini, Hugo G. y Barry L. Isaac, *los pueblos de habla náhuatl de la región de Tlaxcala y Puebla*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Instituto Nacional Indigenista, Colección Presencias, 10, 1989.

Zapata y Mendoza, Juan Buenaventura, *Historia cronológica de la noble ciudad de Tlaxcala*, Luis Reyes García y Andrea Martínez Baracs, México, Universidad Autónoma de Tlaxcala-Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1995.